



DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTIENCOURT

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO III. TOMO III.—ABRIL DE 1916.—CUADERNO XII

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT ⁽¹⁾

Anteayer, señores, hemos enterrado el cadáver de nuestro compañero don Francisco Fernández de Béthencourt, persona tan afable, de tan extremada cortesía y tan caballerosa, que ahora, al conocimiento de la gran pérdida que hace la Academia, se antepone el sentimiento de nuestro afecto personal, que se lo teníamos enajenado, y bien lo merecía.

No ha podido esta vez sorprendernos la desgracia; pero siempre le acontece al dolor humano que no se temple con lo que pudiera aliviarle y consolarle, sino que cada vez halla accidentes agravatorios; y así se nos junta hoy con el dolor de la ausencia el recuerdo penoso de una amenaza persistente, consumada ya sin piedad. Estos pasados meses, cuando veíamos al señor Béthencourt en aquel sillón con las señales ostensibles del fiero zarpazo que antaño el mortal achaque le diera, sobre nuestras frentes se cernía una gran tristeza, y solía yo recordar entre mí la que en el campo suele causarme ver, marcado ya por el leñador, el árbol todavía vigoroso, pero más escarnecido que acariciado por el sol y por la brisa, mientras vuelve aquél para abatirlo.

(1) Falleció el señor Béthencourt el 2 del presente mes de abril, a las once de la noche. Fué sepultado al día siguiente, y el Director de la Academia pronunció esta elocuente oración el miércoles 5, en la junta ordinaria de ese día. (*Nota de la Redacción del BOLETÍN.*)

Muere Béthencourt antes de cumplirse el segundo año de su mansión entre nosotros, que vino en mayo de 1914. Quitado el verano aquél y luego el año que duró la prisión de su dolencia, no le quedó espacio para incorporar positivamente su labor a las tareas de esta Academia, menos afortunada que nuestra hermana la de la Historia, donde prodigó él durante tres lustros, con su infatigable diligencia, cuanto trabajo le fué encargado o consentido. Esperábamos aquí mucho de su cooperación, y lo esperábamos fundadamente; porque quien, como él, tenía imbuído el corazón del amor a las glorias castizas, quien tanto se desvivió por sacar a luz, limpios y esplendentes, los timbres de la rancia nobleza, necesariamente había de ser devotísimo de la lengua y la literatura castellanas; que son auténticos y principales blasones de nuestra nación y nuestra raza.

Sintió Béthencourt una tan decidida, tan dominadora, tan única vocación, que se operó en él lo que llamo milagro; porque ha de parecérmelo hallar dedicada, toda entera, exclusivamente, su vida a un solo empeño. Son los tiempos de tan desasosegada y compleja actividad, a todos nos reclaman, acosan, compelen, tiranizan y disipan tan varios y numerosos afanes, que ha de causarnos maravilla una existencia, como la de Béthencourt, que se consumió del principio al fin en solos los estudios genealógico-históricos, dentro de los cuales se había trazado y estaba ayer mismo cumpliendo programa tan vasto, que para cumplirlo no le habría bastado otra tal y tan aprovechada vida, si Dios se la concediere.

Hizo este programa, no con la medida de las horas, la voluntad y la diligencia de un trabajador, aun el más obstinado, sino guardando proporción con anhelos insaciables de su propia alma. Sentía correr por sus venas la sangre de aquel Juan de Béthencourt, que, en la conquista de las islas Afortunadas, por su mano propia labró tan interesantes cuarteles, sobrados para uno

y muchos escudos nobiliarios; una como hereditaria comecón le incitaba a poner en claro los verdaderos merecimientos y los auténticos blasones de la nobleza española, a cribar este oro finísimo y sacarle de entre fábulas grotescas, consejas infantiles, adocenadas vanidades y mercenarios embelecos. Con santa indignación execraba a los que, durante las últimas centurias, habían enfangado y envilecido una parte de nuestra historia, tan merecedora de limpia devoción, como es ésta que él cultivó y restauró. Tan resuelta y exclusiva se mostró en Béthencourt la vocación, que le duró muy poco el habitual mariposeo sobre periódicos locales y lírica impúber, flora perenne de las adolescencias; no habría cumplido los veinte años cuando publicaba ya, uno tras otro, los tomos del *Nobiliario de las islas Canarias*, que eran siete en el año 1874, cuando desde su isla natal se trasladó a Madrid. Notad que en pleno período revolucionario la personal inclinación había prevalecido contra el ambiente.

Más propiamente que trasladarse a Madrid diré que vino a instalarse en la cantera misma, para no cesar ni andar escaso en la labra de los sillares suntuosos para su gran fábrica, la obra de su vida. Mientras tanto, en cuantas ocasiones se le depararon, bodas regias o sucesiones nobiliarias, escribía nuevas y acrisoladas monografías, que eran piezas sueltas de su concertado plan, sin descuidarlo nunca. Desde 1880 comenzó a publicar los *Anuarios de la Nobleza Española*, los cuales luego resultaron ser no más que escombrera de su labor incesante y honda, pero de ley tan rica, que en ellos se busca y todavía se sacan no pocas averiguaciones definitivas.

Fué en 1897 cuando acometió la publicación del magno libro, paradero de todos sus desvelos, la *Historia genealógica de la Monarquía Española*, donde, comenzando por las dinastías reinantes, había de poner a plena luz, desde sus orígenes, las estirpes, las hazañas y los servicios de toda nuestra nobleza; de los Acu-

ñas, de los Borjas, de los Castros, de los Córdoba, de los Cuevas (que es lo alcanzado al morir) y de tantas otras familias insignes como habían de completar el cuadro espléndido de la Grandeza de España, siguiendo luego con las casas nobles de otra categoría. Diez tomos in folio llegó a publicar, impreso el último y en espera sólo del prólogo, y bien se puede calcular que no tenía hecha sino la cuarta o quinta parte de la tarea que diseñó al comienzo.

En esta magna obra, caudal inestimable de noticias, recíprocamente contrastadas las genealogías y la historia general en que ellas están entretejidas, abundan las biografías admirables, nunca superadas. Descuella una austeridad crítica y un acendrado amor a la verdad, que todavía, más que en los vituperios por Béthencourt fulminados contra la corrupción de antiguos libros, se declaran en el trato que aplicó a su propia primera obra de los *Anuarios*. Aunque fueron éstos recibidos con general y merecida estima, creciente cada día, bastóle a él advertir que, burlando su vigilancia, se habían intrusado en ellos algunas fábulas, para mostrarse más riguroso que nadie. Así, al escribir la introducción de su libro definitivo, los tachó y denunció; los repudió, mostró pesar de haberlos publicado; hizo, en fin, severísimo *auto de fe* (como dijo), para que tan solamente se tenga por verdadero el texto de su nueva *Historia*.

Hemos de esperar que no faltará quien la prosiga; mas comoquiera que esto acontezca, quedará muy alto el merecimiento de Béthencourt. Lo principal de él no son (y serían siempre grandes cosas) los pilares, y arcos, y bóvedas, y zócalos, y cimientos, y acopios que nos deja; todavía más se han de estimar la restauración, la rehabilitación y la dignificación de estos estudios. Este es resultado definitivo e imperecedero. Ya no saldrán del polvo las fábulas y patrañas consuetudinarias ni será destronada la crítica en esta región de la Historia; quien prosiga el magno libro habrá de pro-

longar sus rectas, atenerse a sus rasantes y conservar la limpieza en todas las partes de la fábrica.

Ténganlo en poco quienes desconozcan el valor de estas indagaciones y las reputen pásatiempo vano, por estimar que el asunto es retrospectivo y de ociosa curiosidad. Creo, por el contrario, que acertaba nuestro compañero cuando hallaba inseparables el conocimiento cabal y verdadero de nuestra Historia y el de las estirpes y hazañas de quienes en la formación de la Patria tuvieron parte tan principal y tan gloriosa, a modo de ósea armazón del cuerpo nacional. Recordad el discurso que leyó al solemnizar su ingreso en esta Academia. Reprobaba con vehemencia, a ratos con severidad extrema, la apatía de nuestra aristocracia; mostraba vivos anhelos de que volviese ella a ejercer los altos ministerios de principal clase directora en la sociedad y en el Estado.

Tengo por grave inadvertencia olvidar que lo más granado, rancio, auténtico y prestigioso de nuestra aristocracia consiste en lo que sobrevive de una originaria democracia, cuanto esta palabra cuadró a aquellas edades; porque del pueblo salieron e hijos de sus obras, nobles y abnegadas, fueron los fundadores de estas estirpes esclarecidas. Estimo que hoy, como ayer y como siempre, lejos de ser términos opuestos, como el vulgo suele pensar, las aristocracias son el único valedero certificado de salud para las democracias. Democracia donde falten ejemplares selectos, extremados en la virtud, en el valor y en las generosidades del patriotismo, podrida está; pero desde que estas excelencias se muestran, formada con ellas queda una nobleza. Si luego fuere olvidada, sin el galardón del común respeto; si no perdurase en honrosa posteridad el renombre así alcanzado, conozcamos que habría fenecido la justicia.

¡Bien empleada una vida que se apura en tal empeño como el de Béthencourt! Verdadera es la reflexión que hacía yo anteayer tarde, mientras asistía a la clausura de su tumba; pensaba, y ahora digo, que quien

consume su vida en obra semejante, tan limpia, desinteresada y patriótica, no acaba en un enterramiento como aquél, sino que tiene por última morada su obra propia. Este magnífico libro nos guarda la persona del compañero; siempre nosotros, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, cuantas veces nos ocurra saber de las grandes cosas que trató, a él acudiremos, con él dialogaremos, le pediremos el hallazgo de su perpetua pesquisa, la certidumbre de su honrada crítica, y hallaremos que no es tal como la siente el corazón la ausencia que hoy nos aflige.

A. MAURA.